

Biblia, recomendaban un libro esencialmente religioso, es verdad, pero también esencialmente republicano. Además, todos los llamados círculos piadosos, que oponían una reacción religiosa á la crítica del siglo décimo octavo, estaban formados de pensadores dados á remover las profundidades del alma con sus problemas de religión sobrepujando al ideal ortodoxo con sus esperanzas de progreso. Ninguno de ellos quería mantener un pueblo ignorante al pie de un altar inmóvil de donde el calor y la luz de la vida habían huído; al contrario, todos pugnaban por elevar el alma á las cimas del ideal rosadas y matizadas de reflejos que no eran ciertamente del sol de los santuarios. No hay sino abrir cualquiera de los libros de los protestantes de este tiempo, ó cualquiera de las historias que sobre estos libros se han escrito; la más reciente, por ejemplo, la del sabio Lichtenberg; quien ha sido con Reuss y otros ornamento de la facultad de teología en Estrasburgo. Y allí se ve que los más piadosos no son los más tolerantes, ni los más apegados á la rutina de un dogmatismo egoísta. Bengel se revuelve contra la tradición, y cree que el comienzo de la Historia no basta á la fe cristiana, la cual se alimenta de realidades eternas. Etinger, es un místico arrobado en la contemplación de las ideas religiosas. Debilita la teoría del pecado original y reconoce, no ya en la razón pura, sino en el sentido común, un órgano naturalmente poseído por el hombre para comprender lo eterno y lo divino. El sentido común ha formado ese anfiteatro de ideas celestes, que desde las cosas más bajas se eleva á las más sublimes. Zinzendor reforma los hermanos Moravos, y renueva las teorías de Juan de Hus, víctima de los emperadores y de los papas. Su adoración por la segunda persona de la Trinidad, le lleva casi á divinizar el género humano. Lavater, físico, filósofo y poeta, nacido y educado en Suiza, glorifica en sus efusiones religiosas la conciencia humana y diviniza la libertad. Poncio Pilatos es á sus ojos abominable, porque representa el escepticismo culto, y porque se atreve á preguntar, ¿qué es verdad? Y aunque pasando á los ojos de los racionalistas por un místico, Lavater se revuelve airado contra el milagro y exalta las leyes de la naturaleza. Poeta republicano, sus cánticos por la democracia se confunden como en las estancias de los profetas hebreos con sus oraciones á Dios. Amann ha sido llamado el *Mago del Norte* por su obscuridad, en la cual relampaguean numerosísimos pensamientos que cruzan sin ley, sin sistema, sin orden, como sorprendentes aerolitos. Su vida está consagrada del todo á reconciliar los libros de la razón divina con las naturales enseñanzas de la razón humana. A sus ojos todos los seres, hasta los más apartados, hasta los que brillan lejos del alcance de nuestros telescopios en los abismos de lo infinito, son, como Cristo, á un mismo tiempo divinos y humanos. *Omnia divina et humana omnia*. La Historia es la realización del pensamiento eterno de Dios. Y desde el momento en que dice esto, ya no hay pueblos para siempre perdidos, como quiere una ortodoxia intolerante; ya no hay religiones absolutamente erróneas; ya no hay épocas absolutamente malditas. El hebreo podrá ver en los dioses de Grecia cortesanos del rey de los infiernos;

el griego podrá ver en los judíos legiones de oscuros fanáticos; á los ojos del patricio romano será el nazareno de las catacumbas un rebelde, merecedor de que lo devoren las fieras del circo; á los ojos del nazareno serán todas las creencias, menos las creencias evangélicas, abominaciones del entendimiento, oscurecido por el pecado; el católico verá desde los altares del Escorial ó desde la Basílica de San Pedro, en Lutero, un monje sensual y ebrio; el protestante verá desde las desnudas iglesias de Ginebra ó de Berlín al Papa como al Ante-Cristo apocalíptico que ha de perder el mundo; cada religión se creará la verdad absoluta; cada sectario el hombre perfecto; y entre tantas intolerancias y sobre tantas guerras, y en medio de tan inconciliables contradicciones, todas las escuelas enemigas, todos los pueblos en armas unos contra otros, contribuirán á realizar el pensamiento de Dios en la Historia, como dos ejércitos en guerra sirven para abonar con sus cadáveres el campo donde han caído: que de sus enemistades y de sus cóleras nada sabe la madre naturaleza. Wizenmann va más lejos todavía y resucita el pensamiento de Orígenes. En su teología no cabe que haya un ser que esté condenado al mal eternamente. El espectáculo de los dolores humanos servirá para convertir á Satanás. El ángel de las tinieblas participará de nuestras penas, beberá nuestras lágrimas, y tendrá sed de lo infinito, y tendrá nostalgia del cielo y tenderá sus brazos á Dios, sus ojos á la luz de donde cayera, su pensamiento á la inmensidad, su corazón al bien; y el soplo de la Divina Misericordia apagará el fuego del infierno, y los ángeles de las tinieblas volverán á entrar, coronados de estrellas, en el éter de los cielos. Clandius, el más original y el más poeta de todos estos escritores, será también partidario de la razón humana; la llamará luciérnaga, á la cual tarde ó temprano han de salirle angélicas y misteriosas alas para volar por lo infinito. Compárense estas teorías llenas de sentimiento humanitario y progresivo con las teorías de nuestros neo católicos. Para estos la razón y el absurdo se aman con amor invencible; el género humano, que no está dentro de la Iglesia, es más despreciable, mucho más despreciable que las bestias; los tres últimos siglos no han sido más que tres siglos de ignominias y de errores; la revolución que ha promulgado los derechos del hombre, no hace sino continuar la obra de Satanás, la obra de la soberbia y del orgullo contra Dios; la ciencia que ha vertido tanta luz, no hace sino llenar del viento de la vanidad el frágil corazón humano; la Reforma es un retroceso; el Renacimiento una apoteosis de la sensualidad del paganismo; Rafael un idólatra; las monarquías civiles una reacción al despotismo del Oriente, y las repúblicas democráticas una demagogia sin Dios y sin freno; solamente puede haber salvación para el mundo en tornar á la Edad Media, á sus teocracias en el trono, á sus pueblos en el polvo, á sus claustros llenos de penitentes, á sus cruzados que vayan á recibir de la Iglesia voz de guerra y espada de combate, á sus papas levantados como demiurgos, dioses y reyes, entre el cielo y la tierra.

El siglo décimo-octavo continúa la obra de la educación del género humano, obra que



ha de dar, quiéran ó no quieran los reaccionarios de todas las teologías por resultado lógico y preciso, la República universal. Dos libros apasionaron al siglo; dos libros que podrán empequeñecer como quiera la crítica moderna, pero que no pueden ser juzgados sino por el momento en que nacieron, por la situación de los pueblos, por el estado de los ánimos. El filósofo Kant era una especie de hombre mecánico. Las ideas no habían calcinado sus huesos, y las pasiones humanas no habían penetrado en su pecho. No se le conoció jamás amor ninguno, ni ninguna mujer iluminó con su ternura aquel hombre fuerte y frío como el hierro. Todos los días, á unas mismas horas, iba como abstraído y casi abstracto, á dar sus paseos con la regularidad y la precisión de las figuras en los relojes por antonomasia mecánicos. Durante dos ó tres días, aquel hombre no salió de su casa. ¿Estaba enfermo? Como las pasiones no atacaron su alma, las enfermedades no atacaban su cuerpo. Tenía una salud, que por lo estable, podíamos llamar salud mineral. No salió en dos ó tres días de su casa porque no pudo apartar de sus ojos el libro que se publicaba por entonces, el *Emilio* de Rousseau. Podrá la saña ciega de los partidos cebarse en el autor y en la obra, pero no podrá quitarle, no, la gloria inmarcesible de haber conmovido con sentimientos maternales hasta las entrañas más duras y los corazones más empedernidos. Desde los tiempos de Platón, hay que decirlo, no se había hablado de una manera tan elocuente, tan apasionada, tan luminosa. Las ideas encarnaban en esa hermosura, que según el sublime fundador de la Academia, es el eterno resplandor de la verdad. La lengua francesa parecía bajo la pluma de Rousseau, como el mármol de Paros bajo el cincel de Fidias. Reboaba de aquella copa de oro el vino embriagador de los grandes sentimientos revolucionarios. La humanidad se concentraba, como el primer día de nuestra redención religiosa, como en la Noche-Buena de Belén, sobre la cuna del Niño, frágil, tierno, menudo, pequeño; pero llevando en sus rosadas manecitas el mundo de lo porvenir, y repitiendo en sus celestes ojos el horizonte de las nuevas redentoras ideas. La madre, perdida en los salones, apartada de la lactancia por una falsa moral y una falsa higiene, vino con sus ubérrimos pechos, cargados de dulcísima leche, á nutrir á sus hijos, y con su corazón, todo amor, todo poesía, todo religión á sostenerlos y educarlos para labradores de la vida, para sacerdotes de la libertad. La naturaleza regenerada se alzó de la tumba donde la tenían como muerta las teocracias; y en su resurrección, tan bella como la resurrección de las mariposas en primavera, anunció que el mal es en su seno un accidente, y que puede llamarse ella, el alma santa madre, el bien supremo, como Dios la suprema justicia. Y sobre toda esta escala de ideas, como la más grande, como la más duradera, como la más divina, superior á la misma naturaleza, se levantó la idea casi negada en las diversas sectas religiosas por el principio semifatalista de la gracia, se levantó la idea de la libertad moral, que dió fuerzas al hombre y esperanzas al progreso y luz á la misma ciencia, doctrina e ideal á la revolución y á la República. Este libro sobrenatural, con todos sus errores, con

todos sus defectos, con todas sus imperfecciones, planteaba el problema humanitario por excelencia, el problema de la educación. El otro libro, que impresionó vivamente al siglo décimo-octavo, es el libro de Daniel Foë, escritor desgraciadísimo, á quien la intolerancia de aquellos tiempos había por sus publicaciones sumergido varias veces en profundos calabozos, después de haberlo cortado bárbaramente las orejas. Su libro ha llegado á pasar, como el libro de Cervantes, al sentido común del género humano y al lenguaje proverbial de todos los pueblos. Su libro el *Robinson*. Y el *Robinson* es el poema de la naturaleza dominada por la fuerza del trabajo. Una y mil veces el mar con sus tempestades y sus naufragios le anuncia al marino intrépido su estrella; y como si fuera su alma el huracán que impulsaba á los sajones, y su cuna la barca de cuero donde aparecieron los normandos entre las embravecidas ondas del mar del Norte, lucha impertérrito con vientos, con trombas, con tormentas, con el rayo y el granizo, con todos los elementos, á la manera que el conquistador en la guerra. Mas no creáis que esta lucha tiene el carácter épico, legendario, poético de los combatientes descritos por Camcens en su *Luisiadas*, no; es lucha real, descrita técnicamente, apoyada en cálculos, probada con documentos, lucha de un mercader, de un inglés prosaico, que sólo busca oro para sí, comodidades para su familia, puntales para su hogar, apoyo para su vejez en su conquista del Océano. Y un día el viento le vence, el mar le arrolla, la tempestad le lanza sobre una playa desierta. Y allí está solo, abandonado; sin más recurso que el vigor de sus brazos; sin más esperanza que el Dios de su Biblia. Y sólo, abandonado, lucha con la naturaleza como había luchado siempre, y arranca los árboles, y pule las piedras, y teje los filamentos de las plantas, y empapa con su sudor la tierra, y educa los animales, y somete las fuerzas enemigas, y abre canales, y talla lanchas, y mueve los remos, y caza las fieras, y siembra, y riega, y muele, y amasa sin contar jamás con las dificultades, sin retroceder á los peligros, seguro de su derecho divino sobre la creación y la fuerza incontrastable de su voluntad; como que aquel hombre, al explorar las selvas inexploradas, al surcar los mares vírgenes, al domar los animales indómitos, al someter la insumisa creación, demuestra la fuerza incontrastable de la libertad individual y la santa legitimidad de su derecho sobre la tierra. El héroe de Daniel no es un héroe fantástico. Cuando nosotros nos paramos á contemplar el pobre cuáquero educado en el desierto, nacido en una cabaña, con su libertad por todo patrimonio, con su Biblia por toda educación, leñador en aquellas selvas primitivas de la América del Norte, navegante en las aguas del Ohio, del Misisipí, que por un esfuerzo de su voluntad soberana y por un milagro de su República democrática ha roto este cendal de la materia, y ha subido á través de las tempestades de la naturaleza y de las tempestades de la ciudad á la cima del mundo moderno, al capitolio de Washington, para ser allí el Moisés y el Cristo de los negros, y enterrar los últimos restos del patriciado bárbaro y romper las últimas cadenas del eterno esclavo, no podemos menos de reconocer que el héroe de la



novela del siglo décimo-octavo, el trabajador solitario y abandonado, que se crea á sí mismo por esfuerzos interiores y que somete la naturaleza á su mano y la ley á su pensamiento, es una realidad viviente en la gloriosa historia de nuestras modernas libertades. El libro debía apasionar en su tiempo á las generaciones que lo recibieron y lo devoraron, puesto que el libro venía á decir, apoteosis sublime de la industria, que no hay elementos con fuerzas para resistir á la voluntad del hombre cuando se la emplea con brío y se la educa con perseverancia.

La educación, la educación comenzó á ser entonces un gran problema en Alemania, y la educación comenzó á ser esencialmente republicana. El primer nombre que se liga indisolublemente á este nuevo impulso del espíritu moderno hacia la libertad, es el nombre de Basedow. Muy variamente se ha escrito y se ha hablado de este hombre. Mientras Michelet le llama ilustre, Herder dice que todo su secreto consistía en decir que criaba en diez años encinares que necesitan ciento, y que por su parte no le daría á educar, no ya hombres, pero ni siquiera bueyes! Y Goethe añade. «Basedow, que mira á todo el mundo como mal educado es un hombre de pésima educación.» Seguramente había grandes lunares en su inteligencia y muchos vicios en su vida. Pero el pedagogo que comenzó la obra revolucionaria de la educación republicana tiene dos méritos: primero, despertar en el alma la idea de que tiene dentro de sí virtudes bastantes á ilustrarla y moralizarla, conduciéndola al cumplimiento del bien; y segundo, evitar cuidadosamente que las supersticiones se apoderen del entendimiento, lo perviertan en sus primeros años, y luego necesite pasar el hombre la mitad de la vida destruyendo la obra y la fe de la otra mitad. Así, Basedow prohibía terminantemente que se enseñase á los niños ninguna religión revelada, limitándose á despertar en ellos la conciencia moral y á robustecerlos por los ejercicios gimnásticos en su cuerpo y en su organismo, por los sentimientos liberales en su carácter y en su alma. Este impulso que la pedagogía moderna había recibido de las obras de Daniel Foë, de Juan Jacobo Rousseau, y de los trabajos y prácticas de Basedow, fué fecundo en libros, en planes, en proyectos que tendían todos á la educación de la infancia y á fortalecer y arraigar en la infancia la idea de libertad. Salzmann se empeñó heroicamente en esta lucha por las nuevas ideas. Aunque sacerdote tronaba con grande elocuencia y mayor justicia contra la estrecha educación ortodosa que encorvaba el entendimiento de la juventud, bajo el peso de la tradición; embargaba su memoria con versículos innumerables de la Biblia, y pervertía su carácter en prácticas religiosas sin real trascendencia á la educación y á la vida. Nadie como él se consagró á sacar del seno de las frías tinieblas, que lo pasado arrojaba sobre las almas, el ángel de la luz que llevamos en nosotros, y que ilumina con su antorcha todo cuanto nos rodea, y nos señala con su mano bendita el camino que conduce á lo celeste, á lo eterno, camino sembrado de mundos y de soles, y oscurecido, por las nubes sin rocío de la superstición y del fanatismo. Campe, el imitador de Foë,

quita á la educación todo este sentimentalismo, se resuelve contra la poesía, llamándola linterna encendida enfrente del sol, y quiere que tenga el hombre la fe que Robinson en sus derechos, en sus fuerzas, en su imperio sobre la naturaleza.

El reformador que personifica esta grande revolución pedagógica, indudablemente con más títulos, es el inmortal Pestalozzi. Fichte, en su discurso á la nación alemana, ofrecía como escuela regeneradora de su raza la escuela de este santo. Y, en efecto, nadie como él, ha distinguido las facultades intelectuales que en cada edad predominan, ni ha visto el camino más corto para llegar á estas facultades, y acrecentarlas en ejercicios diarios, y esclarecerlas con los raudales de la ciencia. Efectivamente, si cuando la sensibilidad predomina en el hombre, porque su edad lo une á la naturaleza y al hogar, educáis la inteligencia; si cuando predomina, como en la juventud, la fantasía, porque el hervor de la sangre y la inquietud del espíritu le llevan á las pasiones y á los combates, en oposición casi con todo cuanto le cerca, pues necesita crearse su mundo propio; si en esta edad crítica educáis, por ejemplo, la razón, y, cuando llega la edad de la razón y con ella los frutos, muchas veces amargos, de la vida, y se han secado las flores, y se han caído las mariposas que sobre las flores revoloteaban, os empeñáis en educar sentimiento ó imaginación, haréis del hombre un sér artificioso, sin lograr el someter y amoldar á vuestra educación lo más inaccesible, lo más indócil, su recóndita naturaleza. Como los frutos pasan por la semilla, por el germen, por la flor, pasan las ideas por las sensaciones, por las nociones, antes de llegar á su incondicionalidad absoluta. Y educando en el niño al niño y no al hombre, las facultades del niño, con símbolos á su alcance, con narraciones que le recreen y le deleiten, depositaréis en su alma individual con seguridad, con certeza los gérmenes de un alma humana. ¿Quién educa verdaderamente al niño en la humanidad? ¿Quién tiene ese divino ministerio? La madre. Ella es la profetisa que prevé la vida por venir, y la Sibila que sondea los misterios del espíritu, y la Musa que lleva al corazón las inspiraciones humanas, y la Maga que llena de leyendas piadosas y suaves toda nuestra fantasía, y la Sacerdotisa que levanta la conciencia á las regiones de lo infinito; desde el momento en que siente su hijo en las entrañas, parece como que el espíritu y la naturaleza se revelan á su mente para ayudarla en su divino ministerio; y así, apropia todas las ideas á la inteligencia del niño, de la misma suerte que el ave cincela todos los agrestes objetos cogidos en su pico para formar el blando nido de sus amados hijuelos. Sabe la madre, instintivamente, la higiene con que ha de preservar á su hijo de las inclemencias del mundo; la medicina con que ha de curarle en sus continuas enfermedades; la moral con que ha de sostenerlo en sus futuros combates; la literatura con que ha de embellecer sus días y con que ha de calmar sus tempestades; la religión que ha de convertirle en sér superior á los demás séres de la naturaleza y ha de abismarle en el seno de lo infinito; cuanto necesita el pequeño en sus primeros años lo lleva á su madre en la inteligencia, como lleva en los pe-